



EL MOMENTO DE LA VERDAD

LA POLITICA ECONOMICA DEL GOBIERNO VASCO

ANTONIO PEREZ DE CALLEJA BASTERRECHEA

Se podrá estar o no de acuerdo con el Gobierno Vasco y el modelo de sociedad que se presume tiene, pero pocos o nadie envidiarán la tarea que le ha tocado en suerte: gobernar y resolver los agobiantes problemas políticos y económicos de este País – sometido a una de las crisis más graves de su historia –, cuando al mismo tiempo carece de los medios necesarios para abordar con mínimas posibilidades de éxito semejante tarea. Suponemos que los políticos tienen razones para hacerse cargo de tales atolladeros que los demás mortales desconocemos.

Bueno será, por tanto, que hablemos en teoría acerca de lo que hipotéticamente podrían hacer, particularmente en el terreno económico. Según la experiencia adquirida aquí y en otras latitudes, se abren dos grandes alternativas posibles ante el Gobierno Vasco, las que en grandes líneas desarrollamos a continuación.

1. La política económica liberal pasiva

Consiste en no hacer nada considerando que la situación es tan grave que cualquier vía activa tiene más inconvenientes que ventajas. Una política económica de tal signo se conforma con considerar a la crisis como algo irresuelto o insoluble, plaga o azote poco menos que divino contra la que no hay nada que hacer. Su lema sería: «no lo toques que es peor». Esta política es ejemplificada a la perfección por el Gobierno español, brillante exponente de la teoría política de quienes acuden al poder no para utilizarlo sino para durar.

El resultado de ello es más inflación, menos crecimiento, más paro y mayor pesimismo que en ninguna otra parte de Occidente. El Estado español sufre por ello en estos momentos de una impresionante renta diferencial sobre otros países que hace años y, al margen de lo que establecieron los países productores de petróleo, han decidido poner manos a la obra.

2. La política económica liberal activa

Es como la anterior en sus presupuestos teóricos pero aplicada por gobiernos que se toman su tarea en serio. Su lema sería: «a Dios rogando y con el mazo dando». La crisis será grave y probablemente irreversible, pero en nuestras manos está iniciar un proceso de ajuste, que ni es revolución ni cambio sino adaptación a las circunstancias, en un esfuerzo por paliar los problemas y minimizar el precio de los sacrificios políticos y económicos.

Gracias a ello, la mayoría de los países occidentales han conseguido cortar el crecimiento exponencial del consumo de petróleo, alcanzando elasticidades negativas entre energía y crecimiento, es decir, que los incrementos del PIB o de bienestar exigen ya incrementos proporcionalmente menores y a veces negativos de las demandas energéticas; han reestructurado los sectores productivos en crisis, cerrando la espita de las pérdidas han controlado la inflación a niveles razonables y, como corolario de todo ello, manteniendo los índices de desempleo —la gran tragedia de esta crisis— dentro de límites aceptables para lo que pudiéramos entender como una convivencia posible. No olvidemos que, hoy por hoy, Alemania o Francia tienen la mitad de desempleo que España y la tercera parte de Euskadi. Tan sólo este dato basta para situar la gravedad de nuestro problema en sus justos términos. En este país, la crisis ha desembocado ya en un desastre colectivo cuyas salidas se ven cada vez más dudosas y lejanas.

Tres son las condiciones para que esto haya sido así, para que la crisis de España tenga un carácter diferencial en relación con otros países.

a) El tipo de capitalismo

En Europa existe un capitalismo que independientemente de su naturaleza y fines es intrínsecamente eficiente, imaginativo, poseedor de un fabuloso capital tecnológico que tiene su procedencia en una larga tradición industrial. Las empresas son, por tanto, capaces de remontar una crisis y combatir la recesión. En España tenemos un capitalismo chapucero, acostumbrado a vivir al amparo de las barreras arancelarias y la protección del Estado; empresas artificiosas hechas para mercados reducidos, a quienes los vientos de la competencia sientan muy mal.

b) La calidad de la Administración.

La Administración pública en Europa funciona. No es un lastre adicional ni una rémora inútil. Asume los problemas, colabora en las soluciones, se moviliza ante las dificultades. En España, la Administración no es capaz ni de moverse a sí misma, ha perdido de vista el horizonte de estar al servicio del País y sólo tiene como meta su autorreproducción. Carece de planes (sectoriales) o política (energética) y resulta incapaz de hacer el más mínimo esfuerzo para imponer o defender sus propias ideas, si las tuviese.

El Estado Central es tan incompetente que convierte el envite inevitablemente aventurado de la descentralización en proyecto seguro e indubitado: ni aún queriendo el Gobierno Vasco podría hacerlo peor. De la misma forma que el revival del nacionalismo debe tanto a Sabino Arana como a Franco, Madrid está creando una generación de acérrimos federalistas.

c) El papel de los Sindicatos

Los Sindicatos no han ayudado precisamente a paliar los efectos de la crisis. Temerosos siempre de verse desbordados por su propia base en la que cuentan con una implantación superficial o condicionada y empeñados en redistribuir la renta vía salarios justamente en el momento en que las empresas estaban menos capacitadas para ello, han acabado acelerando el reparto más desigual de los salarios entre los propios trabajadores, que cada año se escinden más nitidamente en dos grupos: con trabajo y sin trabajo.

Fueran cuales fueran sus intenciones, el resultado es que al final la crisis la están pagando, indudablemente, los trabajadores, sin que ello, por otra parte, proporcione un alivio a unas empresas cuyas expectativas de creación de empleo son nulas o negativas.

* * * *

Se ha dicho muchas veces que la crisis económica nos ha cogido en el peor momento, cuando la atención del País y de la clase política estaban centradas en un cambio de régimen. Cinco años después de la muerte del general descubrimos que el problema es mucho más profundo que todo eso. A todos los efectos estamos viviendo en el postfranquismo, que no es otra cosa que el mantenimiento de las actitudes personales y sociales que el régimen

contribuyó a crear durante 40 años y que podríamos describir como una feroz insolidaridad a la hora de afrontar una crisis que exige pagar un precio muy alto, que no se está dispuesto a reconocer ni a aceptar, sobre la base de un escepticismo absoluto sobre la cuestión del reparto de la carga, lo que se traduce en una especie de ¡sálvese quien pueda!

Por otra parte, el postfranquismo se pone de manifiesto en el comportamiento de la Administración y del Gobierno, que utilizan el poder para perdurar y no para resolver los problemas del País y que no están dispuestos a asumir el desgaste político inevitable que conllevaría gobernar una crisis. Por eso los problemas se eternizan, las soluciones se dilatan y cada año las dificultades se amplían, mientras las medidas económicas adquieren el carácter de prácticas dilatorias o de parcheo que no resuelven nada pero que son enormemente costosas.

Cuanto decimos no es una crítica realizada desde posturas políticas opuestas o modelos ideológicos antagónicos, sino una descripción sociológica de comportamiento del Gobierno durante los últimos años, comportamiento que ni siquiera se trata de negar. Como ha dicho el Ministro de Economía, Sr. Leal: «No pueden pedirnos que soportemos el desgaste de tales medidas».

La cosa está clara. No cabe equivocación al respecto: estamos ante otra de las eternas versiones del principio maquiviético del poder por el poder, sin correctivo ético o ideológico que anteponga un proyecto de sociedad no ya más justa sino siquiera más eficiente desde supuestos neocapitalistas.

La gran tentación del futuro Gobierno Vasco será repetir este modelo de gobierno que no resuelve situaciones sino que las maquilla; un poco de Conciertos, es decir mejorar carreteras, un poco de autonomía, es decir miqueletes guardando edificios públicos, un poco de euskara, un poco de reconversión industrial; la tentación, en definitiva, de no luchar contra la crisis sino de aprestarse a convivir con ella. Tal vez en tales juicios estén interviniendo prejuicios de orden político y no meros juicios objetivos de índole económica, pero a uno se le antoja que tal perspectiva es chata e inútil, que para tales viajes no se necesitaban tales alforjas (Euskadi, autonomía, etc.) y que para no hacer nada ya tenemos el virtuoso que lo sabe hacer mejor y es el Sr. Abril Martorell.

Yo prefiero pensar que con una economía en recesión, con la renta per capita cayendo, con sectores industriales sin perspectivas de futuro y con un 16% de paro no cabe ser ni honestamente pensar en una política económica de signo pasivo, que tenemos que coger el toro por los cuernos y afrontar nuestros problemas en la seguridad de que nadie lo va a hacer en nuestro lugar.

Cuatro son los campos de actuación prioritaria; los cuatro constituyen problemas históricos o coyunturales, sin cuya resolución nos quedamos sin expectativas de futuro y, consiguientemente, entramos en una espiral irreversible de regresión y decadencia.

1. La energía

Es esta una sociedad y una economía basada en el consumo masivo de energía barata pero, de repente, las cosas han cambiado; ahora la energía es cara y dentro de unos años desaparecerán las fuentes energéticas actuales. Debe quedar claro que el problema de la energía es un problema de la sociedad en su conjunto y, consiguientemente, una parte fundamental e indiscutible de la gestión del sector público. Resulta ridículo, si no suicida, pensar que un tema de tal magnitud y de tales implicaciones pueda seguir en manos privadas, aún dentro de una perspectiva de economía liberal (en la mayor parte de los países europeos el sector eléctrico, por ejemplo, pertenece al Estado). Se impone por tanto.

- La nacionalización de las empresas eléctricas y del sector petrolífero.
- La elaboración de un programa de conservación de la energía que consiga lo que han logrado otros países: elasticidad negativa en el consumo energético y, a más largo plazo, modificación paulatina del modelo de sociedad hacia otro que se base menos en el consumo o despilfarro de energía.

En nuestro caso esto alude al peso relativo de sectores industriales altamente consumidores de energía dentro de nuestra economía, tales como la siderurgia, el cemento, la industria química, etc.

- Una política de diversificación de las fuentes de energía, no sólo en el plano táctico de mejor distribución y menor dependencia de los inputs energéticos —más gas, más carbón, más energía hidráulica, menos petróleo—, sino que se defina mediante referéndum público y debate social abierto la alternativa tecnológica más controvertida: la nuclear.

2. La reconversión industrial

O, más exactamente, la reestructuración de los sectores productivos en crisis, tarea que no se puede dilatar más y que, de hecho, es ya un problema del sector público. La farsa pública de que Altos Hornos, Echevarría o Babcock son empresas privadas no puede mantenerse por más tiempo y todo el País debe saber lo que cuesta y va a costar resolver tales problemas.

Hay que hacer de una vez lo que hace años han hecho en Europa: reducir su masa crítica, reorientar su producto, exportar, modernizar las instalaciones o cerrar las inviables, etc... Un País que tiene más del 60% de su economía en la industria no puede seguir ignorando este problema, salvo que si se quiera suicidar deliberadamente.

Posiblemente este vaya a ser el capítulo más delicado, difícil y de más dudosos resultados de toda la gestión económica y el que más disgustos políticos puede producir, pero también el que, desde un punto de vista de honestidad política resulta menos soslayable.

3. La exportación

Nuestro País se enfrenta a una transición histórica. Hace 100 años se apostó por el mercado español y se perdió de vista el mercado mundial. Ahora tenemos que abordar justamente la operación opuesta.

Exportar es una tarea difícil, sobre todo en una coyuntura en que todos los países occidentales se apuntan a esta solución de la crisis. Hay que volver a andar por el mundo y para ello un Ministro de la Exportación constituiría un apoyo inapreciable para ayudar a crear nuevas redes y delegaciones exteriores, conocer mercados, intercambiar nuestros productos a cambio de los que necesitamos obligadamente importar, como petróleo o materias primas, vender nuestras tecnologías; en definitiva, ocupar el mercado. No exagero si afirmo que antes de cinco años tenemos que exportar tanto como lo que conseguimos vender al mercado español. El futuro de nuestra economía y la creación de puestos de trabajo dependen directamente de lo que seamos capaces de hacer en este terreno.

4. Una política de empleo

Es finalmente el corolario de todo ello. Es evidente que va a seguir habiendo desempleo pero resulta inaceptable que este país tenga tres veces más parados que Alemania o un 50% más que la media del Estado español. Esto ha sido el resultado de una política industrial concreta que ha apostado por los sectores de cabecera, por los grandes proyectos de prestigio y las acciones concertadas y que, en definitiva, han despilfarrado medios financieros para crear muy pocos puestos de trabajo y que ahora está utilizando los recursos disponibles en mantener industrias inviables en detrimento de otras que podrían tener futuro. Así se crea el paro.

Ya hay 150.000 parados y en 1980 se incrementarán en 20.000 ó 30.000 más. ¿Hasta cuándo el País podrá aguantar una situación como esta? Urge una respuesta rápida cuyo primer paso lo tiene que dar la Administración. Es perfectamente posible crear no menos de 25.000 puestos de trabajo en el sector público de forma directa al servicio de los enormes déficits sociales que se dan en estos momentos (Educación, Sanidad, Justicia, etc.) amén de otros muchos puestos de trabajo que se podrían crear de forma indirecta mediante un programa de inversiones públicas que tiendan a reducir el déficit de infraestructura.

Es este un camino que parte por reconocer los hechos como son, que no presupone cambios revolucionarios que difícilmente pueden darse en el escenario europeo en el que nos movemos. Estamos, por tanto, ante una política posibilista pero que trataría de aportar soluciones reales en lo que debe ser el necesario proceso de ajuste a la crisis que debe permitirnos minimizar los

costes sociales y económicos inherentes a la misma contribuyendo a hacerlos menos diferentes de otros países occidentales.

Naturalmente, las posibilidades de que una política de este signo pudiera aplicarse depende fundamentalmente de la resolución de tres problemas, todos ellos muy complicados, social y políticamente hablando.

- * La obtención de los *Conciertos Económicos*, sin los cuales seguiremos sin contar con los medios económicos necesarios con los que poder hablar de una autonomía real. Es esta una piedra de toque esencial para conocer la actitud de la Administración Central y la postura del PNV al respecto.

Desgraciadamente, las posiciones manifestadas por el Sr. Suarez y el Sr. Roson en el Parlamento español dejan escaso margen para la esperanza. Confiemos que el Gobierno Vasco no admita soluciones de compromiso.

Cinco años después de la muerte del general no se puede seguir regateando y sería nefasto para este País que se le siguiera ocultando el problema en toda su crudeza. Hay que suponer, por tanto, que se deducirán las conclusiones obligadas.

- * La realización de un *acuerdo interclasista* en materia de salarios, democracia industrial, seguridad social y reforma fiscal; que los salarios no pueden crecer por encima de los aumentos de productividad o de nuestra capacidad tecnológica es una cuestión técnicamente evidente; que tales sacrificios deben tener su contrapartida política es también evidente. Como decía el economista Julio Segura *«en las condiciones actuales resulta imposible que una verdadera superación de la crisis no traiga consigo cambio en el grado de equidad y en la distribución de la renta en un sentido progresista... El coste de superación de la crisis es tan importante que resulta imposible pedir a los trabajadores que soporten estos costes para que la sociedad siga siendo como la anterior... Esto significa que dichos esfuerzos, necesarios, tendrán obligatoriamente para ser asumidos que ir acompañados de una profundización y cambios importantes en el tipo de democracia actual que aumenten la participación efectiva y el control sobre decisiones clave de los trabajadores en todo el proceso de producción y distribución»*.

La larga cita describe perfectamente el «quid» de la cuestión; ni empresarios ni trabajadores están en condiciones de imponer sus reglas; o se ponen de acuerdo entre si o destruyen las remotas posibilidades de afrontar la crisis.

- * La *pacificación del País* es, igualmente, condición «sine qua non» para que una política económica y el gobierno del país sean posibles. La violencia crea incertidumbre y provoca una atmósfera de que nada tiene solución o salida. Los asuntos se suspenden, las decisiones se paralizan y todos permanecen a la expectativa. Ni la política ni la economía son posibles en un ambiente de violencia y de soluciones policiales; por tanto, pacificar el País es cuestión previa a intentar cualquier otra cosa.

Al igual que en el apartado anterior, un acuerdo amplio puede llegar, sobre la base de concesiones mutuas, y suponemos que la alternativa del Kas constituye la única base posible de negociación para tratar este problema.

Pocas dudas existen de que en este País muchas cosas tienen que cambiar para poder empezar a pensar que todavía tenemos un futuro posible; por otra parte, nuestra crisis es tan grave que hace que los cambios tengan que ser muy profundos y muy amplios; no valen retoques marginales. Estamos, por consiguiente, ante un proyecto difícil y complicado. De la misma manera que el PNV es honesto, su horizonte espiritual es limitado. ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar? ¿Cuánto de cambio social y de autogobierno se está dispuesto a exigir o aceptar? La situación le exige al PNV y a su Gobierno ir mucho más allá de sus propios presupuestos, sobre la base de su patriotismo y de su aceptación del desgaste político inevitable que la tarea de gobernar a este País comporta en esta coyuntura. Si este u otro Gobierno Vasco fracasa porque no puede, no quiere o no le dejan, sólo queda el camino de la violencia.